

LA TEOLOGIA EN GENERAL

§ 1

Esencia y misión de la Teología

I. *La automanifestación divina como fundamento de la Teología*

A) La expresión Teología como vocablo derivado del griego significa *literalmente*, discurso, palabra, ciencia de Dios. Designaban con el nombre de teólogos, en el seno del mundo grecorromano de la Antigüedad pagana, a los poetas y filósofos que ofrecían una explicación mitológica del Cosmos. Para el mismo Aristóteles, «teología» y «mitología» son conceptos totalmente idénticos. Sólo ocasionalmente emplea el vocablo «teología» con significado de «filosofía primera», es decir Metafísica, contraponiéndola a la Filosofía de la Naturaleza y a las Matemáticas. Para los estoicos «teología» abrazaba todos aquellos estudios relativos a Dios, ya se tratase de conocimiento mitológico, filosófico o litúrgico.

Los cristianos dudaron mucho tiempo y tardaron en decidirse a aceptar la palabra teología, tan contaminada por la mitología pagana, para designar sus esfuerzos orientados hacia un conocimiento más profundo del Dios vivo, que se nos reveló en Cristo. Al principio tuvo con todo un sentido análogo al que le daban los pensadores paganos: conjunto de ideas que se poseían acerca de Dios antes de la venida del Mesías.

En el empleo cristiano de este vocablo, Clemente de Alejandría, y más especialmente Orígenes, forman los dos primeros eslabones, que se aclaran y complementan con la aportación de Eusebio de Cesárea. A partir de Eusebio, el vocablo «teología» entra a formar parte, de un modo fijo, en el lenguaje teológico de la cristiandad

oriental. Es cierto que durante mucho tiempo su uso quedó limitado a designar las enseñanzas referentes a la Trinidad, reservando la palabra «economía» para las relativas al plan divino sobre la Salvación del hombre. En las regiones de habla latina, la palabra «teología» no se generalizó, con un sentido igual al que le damos nosotros hasta tiempos de Abelardo. Lo que nosotros llamamos Teología, ellos lo designaron durante mucho tiempo con la expresión «doctrina sagrada» (*sacra doctrina*).

B) El mero sentido literal de este vocablo nos ayuda a penetrar en su mismo contenido esencial. La palabra, el lenguaje, es un signo y una expresión de la vida del espíritu. Con la palabra se realiza el encuentro personal y mediante ella el hombre expresa su intimidad interior. Por la palabra nos revelamos a nuestros semejantes, aunque hay que admitir que no todo vocablo posee idéntica potencia reveladora. En unos casos, al hablar, sólo damos noticias de nuestros conocimientos; en otros, ponemos tal fuerza expresiva que nuestro interlocutor puede penetrar en nuestras esperanzas y anhelos más íntimos. Sin embargo, rara vez conseguimos manifestar por medio de la palabra el misterio profundo de nuestra propia intimidad. No hay vocablo, ni el más rico o de mayor contenido, que consiga esta meta de una forma perfecta. El hombre no tiene al alcance de su mano ese poder expresivo de sí mismo, de su yo profundo y amplio.

El yo humano sólo hará participante de su propio saber a aquel cuyo mundo espiritual desee enriquecer o ampliar. Y sobre todo no revelará su intimidad sino a quien le interese hacer participar en ella. La palabra del que habla va empapada en un interés por el que le escucha; más aún, en amor hacia él. A su vez el que escucha—el interlocutor—sólo será capaz de percibir la palabra que se le dirige, cuando consagre su atención al que habla. Si falta esta atención, o no oye la palabra o no la entiende debidamente. Mucho más si es una palabra en virtud de la cual puede entrar a tomar parte en la intimidad interior del que habla. Entonces, ya no es necesario solamente interés, sino amor por el que la pronuncia.

La palabra dispone de fuerza necesaria para ello; es un signo de unión destinado a consolidar y esclarecer la comunidad: fundamenta y desemboca en una comunidad de vida. Según nuestra naturaleza estamos destinados a vivir unos en relación constante con los demás. Bajo forma de coordinación espiritual se destaca esta relación en la locución misma.

La palabra es, pues, expresión de unión. Tiene al mismo tiempo la facultad y el poder de esclarecer a la comunidad y consolidarla. Fundamenta y desemboca en una comunidad de vida. La subordinación que se encuentra en la naturaleza del uno al otro aparece en la palabra (*Worthaftigkeit*). Ahí demuestra ser una subordinación en el espíritu.

La inclinación, en cuya virtud la palabra esclarece y consolida la comunidad de vida, adquiere forma visible y audible en la *respuesta*: esa palabra con que el oyente contesta al que habla. El intercambio de vida espiritual radica en la palabra dicha y en la palabra respondida.

C) La Teología, palabra de Dios, es un *habla de naturaleza especial*. Su peculiaridad afecta a su contenido y a su origen. Trata de Dios y viene de Él. El hombre solamente puede hablar de Dios después que Dios ha hablado de sí mismo con el hombre: sólo puede el hombre decir lo que Dios ha dicho de Sí. De cualquier forma que sea el habla—la expresión—que el hombre emplea de Dios, es una mera repetición. Presupone una previa palabra de Dios dirigida al hombre, una automanifestación de Dios. Debemos, pues, tratar de escuchar e interpretar esa automanifestación, si queremos hablar de Dios o acerca de Él.

D) ¿Cómo ha hablado Dios al hombre? De hecho Dios lo ha realizado de dos maneras esencialmente distintas y a su vez íntimamente ligadas: por obra de la Creación y mediante Cristo. La actividad divina preparadora de Cristo en el Antiguo Testamento pertenece a este segundo modo de comunicarse Dios al hombre. Estos modos nosotros los denominamos *revelación natural* y *revelación sobrenatural*.

1. La automanifestación divina se realiza en primer lugar en la Creación, en la que Dios muestra su poder, su libertad, su hermosura, su magnificencia, su majestad. Dios se representa a sí mismo en el mundo creado por Él como en la borrosa imagen de un espejo; de tal modo que por medio del mundo lo que Dios ha tenido oculto se revela y lo invisible se hace visible (*Rom. 1, 19 y sigs.*).

La palabra que Dios dirige al hombre por la Creación, a la que también pertenece la misma naturaleza del ser humano, la podemos escuchar en la experiencia religiosa. A Dios lo podemos oír en el hombre—en mí o en los otros—, en las cosas o en los aconteci-

mientos. En todo podemos escuchar el latir de Dios. Nos enseña esta experiencia que Dios actúa universalmente, que todo lo gobierna como la propia entidad y poder subsistentes, como el valor eterno, la obligación irrecusable y la exigencia incondicional. Un ser santo y misterioso, esencialmente distinto de cuanto existe que no sea El. Puede la razón esclarecer y justificar, siendo esa la misión de la ciencia de las Religiones, esos conocimientos experimentales de Dios, anteriores a los conocimientos de carácter científico puro. De forma breve, ensayemos a pergeñar el camino que el hombre recorre en su conocimiento hacia Dios. Pronto, en cuanto adquiere cierta madurez espiritual, se siente dentro de un mundo con el que le relacionan múltiples y diversos vínculos. Luego tratará de interpretar ese mundo en que vive y su propio ser humano. Descubre de una manera directa—el hombre—los fenómenos, las apariciones de las cosas en su conciencia. A partir de aquí es cuando empieza a desvelar la esencia de los seres concretos y las mutuas relaciones que los unen entre sí. Palpa el hombre su relatividad y se siente constreñido a encontrar las condiciones absolutas de su existencia y actividad. Así, paso a paso, sus reflexiones le conducen hasta Dios, de quien ha recibido cuanto necesita en su labor de búsqueda y encuentro. La debida respuesta al habla que Dios le dirige en la Creación la dará el hombre cuando reconozca que tanto él mismo como el mundo en que vive depende y se deriva de Dios.

No sólo proviene de Dios el material sobre el cual trabaja el hombre en sus reflexiones y conatos por entender el mundo. La misma razón es ya un don de Dios y no es otra cosa que la fuerza de que el hombre dispone para llevar a feliz término sus observaciones y deducciones. La razón ha sido creada por Dios y depende totalmente de El. Dios es su soporte. Dios actúa en todas sus operaciones. El hombre, sin embargo, tiene también su parte: actúa conforme a las leyes y potencias que Dios ha implantado en su razón y que pertenecen a su misma esencia. La razón humana, pues, ve las cosas en una determinada luz, que proviene de ella misma; Dios se la otorgó como propiedad y sigue conservándosela en un continuo proceso de comunicación.

Aquellas cosas de Dios no manifestadas de alguna manera en la Creación no las podrá percibir la razón si cuenta sólo con sus propias fuerzas. Trascienden la capacidad de nuestro entendimiento, mucho más que las ondas situadas por encima o por debajo de

una longitud determinada trascienden la capacidad de nuestros órganos de percepción.

Por muy reales que sean esas cosas divinas, si Dios no nos las ha manifestado por medio de la Creación y atendiendo exclusivamente a la fuerza cognotiva nuestra, con relación a ellas no existe la Palabra de Dios.

Esto no es todo. Puede incluso darse el caso de que el hombre no perciba lo que la Creación le revela de Dios. No podemos perder de vista que la manifestación de Dios en lo creado no es directa y clara, sino como bajo un velo: al espíritu humano puede pasársele por alto o dar una mala interpretación de la Palabra de Dios. Peligro que se agrava por el estado de caída en que vivimos, con nuestra soberbia, la poca capacidad visual de nuestro espíritu y la pereza de nuestro corazón. Puede suceder que el hombre, anclado en sí y en la contemplación de la grandeza de las cosas de este mundo, no trascienda como debe, llegando a la contemplación de la grandeza de Dios, de la que lo terreno no es sino imagen y débil signo. Puede suceder que llegue hasta confundir ambas grandezas que son totalmente distintas: la de Dios y la de la Creación (*I Rom.* 23). Para el hombre concreto y viviente que somos cada uno de nosotros, hemos de confesarlo, la Revelación natural de Dios es oscura, borrosa e incluso difícil de entender.

2. Admitamos el caso mejor: el hombre interpreta rectamente la Revelación natural de Dios. Entonces sus conocimientos culminarán en la constatación de que él mismo y el mundo no son realidades absolutas; de que tanto él como el mundo están ordenados hacia Dios; de que el yo humano alberga en su propia esencia las necesarias fuerzas para percibir a Dios y lo divino.

Pero Dios no nos ha dejado ni siquiera en este mejor caso. Dios se ha revelado a los hombres de una forma que trasciende toda posibilidad reveladora que encierre la Creación. Dios nos habló con otra Palabra clara y distinta. En ella nos manifestó una realidad a la que nunca habríamos podido llegar por el mero análisis de los fenómenos que nos rodean. Trasciende la posibilidad de la Creación y, sin embargo, depende en cierto modo de las posibilidades expresivas que ofrece la Creación. Si no dependiera, no podríamos entenderla en el estado actual de encarnación en el que nos encontramos. Dios se manifiesta mediante sucesos, signos, símbolos y palabras tomadas de la Creación como material sobre el que

introducirá contenidos nuevos que no pueden encontrarse en el mundo por una sencilla razón: porque no existen en él.

A esta Revelación la llamamos Revelación sobrenatural, Revelación en sentido estricto. Al hablar de Revelación, sin algún aditamento, nos estamos refiriendo a ella.

3. La Palabra de la Revelación sobrenatural *utiliza formas de este mundo*, pero no se deriva de él. Dios, cuando habla la Palabra de la Revelación sobrenatural, adopta formas de este mundo: pone los objetos, los acontecimientos y los mismos hombres, al servicio de la Revelación sobrenatural. Estas realidades pueden ser útiles a la Revelación sobrenatural con carácter de signo, ya que entre ellas y la automanifestación divina sobrenatural median relaciones de afinidad y semejanza, no obstante las diferencias fundamentales.

Por ejemplo, Cristo dijo en una ocasión: «Soy el Pan de Vida». ¿Qué quiso expresar con ello? Que desempeña con relación a la vida verdadera, propiamente tal y eterna, una función análoga a la que el pan realiza con respecto a la vida natural y pasajera. Ahora bien: en esta relación—Cristo es a la vida espiritual lo que el pan es a la vida corporal—hay tanto de semejanza como de desemejanza. Cristo puede significar lo que El representa para la vida del hombre con la expresión «Yo soy el Pan de la Vida», en virtud de esta semejanza de que venimos hablando. En cambio, por faltar esta semejanza no podría decir: «Yo soy la Piedra de la vida». El pan, pues, es un instrumento adecuado a la Revelación sobrenatural por sus propiedades naturales y por su función en la vida del hombre. Para expresar esto hemos dicho que entre la Revelación natural y la sobrenatural hay una *analogia entis*. Sabemos que la auténtica analogía importa tanto semejanza dentro de la desemejanza, como desemejanza en la semejanza misma. Advirtiendo que la fuerza tónica y esencial la cargamos sobre la desemejanza, que siempre ha de ser lo principal cuando comparamos lo natural con lo sobrenatural. La analogía del ser es necesaria para que rastreemos lo sobrenatural que tiene que servirse de palabras y símbolos terrenales. Pero en definitiva lo que significan esas palabras y símbolos elevados a la categoría de vehículos de expresión de lo sobrenatural, no lo podemos deducir plenamente de su mero significado natural. Tenemos que percibirlos inmersos en una nueva luz, la de la Revelación; y para no errar en su interpretación hay que examinar qué nuevo sentido une al Dios que se revela con

la palabra humana y los signos de las criaturas. La *analogía entis* se nos convierte en *analogía fidei*, que tiene sus fundamentos en la primera. Sobre esto hemos de volver a tratar.

4. Dios no actúa de igual manera en la Revelación sobrenatural a como lo hace, por ejemplo, en el mundo y su curso. No opera por medio de leyes naturales, aunque éstas hayan sido creadas, impuestas y conservadas por El. En la Revelación Dios suspende el cauce de los acontecimientos naturales y de la historia humana y se dirige en acción inmediata a seres concretos, vasos de su particular elección. Estos seres ven con claridad y distinción la realidad divina, reconocen con suma certeza que es Dios quien les habla y que están obligados a seguir transmitiendo ese mensaje a los demás hombres. Palpan el origen divino de este mensaje o en la misma palabra revelada o en los signos externos que la garantizan: no puede provenir de este mundo.

5. La esfera más estricta de la Revelación sobrenatural está constituida por manifestaciones divinas a las que no podemos llegar por el camino normal de la Creación. Pero en un sentido más amplio la Revelación comprende también comunicaciones que no traspasan los límites de lo que se experimenta y conoce en la Creación y que sólo hacen más sólidas y evidentes aquellas verdades a las que podemos llegar por medio de nuestra razón.

6. Aunque «contenido» y «origen» sean algo indicado para caracterizar la Revelación sobrenatural, la nota principal de ésta consiste en *provenir directamente de Dios*. Los conocimientos y las experiencias que obtenemos mediante ella no surgen del interior del hombre religioso en quien inhabita Dios. No se deben a una creación del genio o a la intuición del hombre, sino a la influencia inmediata y sobrenatural ejercida sobre el hombre por Dios. El hombre, en la Revelación sobrenatural, es un instrumento por medio del cual Dios opera y habla. Kierkegaard, en su *Über den Begriff der Auserwählten*, ha establecido de la siguiente manera la diferencia que hay entre Genio y Apóstol: «El Genio lo que es lo es por sí mismo, es decir, por medio de lo que es para sí mismo. El Apóstol lo que es lo es gracias a la autoridad de Dios». Por consiguiente, no llamamos Revelación sobrenatural de Dios a aquel sentimiento íntimo y a aquel oscuro presentir que suelen brotar naturalmente y según el orden natural y las leyes naturales e interiores de potencias vitales intuitivas y racionalmente incomprensibles.

No es eso, aunque hay muchos que consideran ambos hechos como idénticos. Recordemos que se da una Revelación natural y otra sobrenatural. Un tal sentir y presentir existen, brotan espontáneamente y de un modo natural del alma o de los fondos del espíritu—han existido siempre—; pero no son Revelación en el sentido que nosotros, los católicos, damos a tal palabra, ni en el que da la Doctrina Católica, ni siquiera aun en el caso en que tales arrebatos parezcan ir íntimamente ligados con la verdadera y sobrenatural Revelación divina» (Feuling, *Katholische Glaubenslehre*, 1937, págs. 23 y sigs.).

7. El *motivo* de la Revelación divina, tanto en su vertiente natural como sobrenatural, es el amor de Dios. Amor con que Dios ama su propia grandeza. Dios, al contemplarla, se siente como movido a comunicarla, a explicitarla, más allá de su propio Ser y Vida.

Del motivo se deriva la *finalidad*. Es la realización de la grandeza divina bajo formas creadas. Con respecto a la Revelación sobrenatural es necesario afirmar que su *finalidad* radica solamente en la realización bajo formas finitas de lo más íntimo de la vida divina, de la vida del Amor Uno y Trino.

«Reino de Dios» llama la Sagrada Escritura a esta finalidad. Reino de Dios, que es tanto como decir «Reinado de Dios, Señorío de Dios».

El desarrollo de la grandeza divina bajo formas finitas y creadas comporta para las criaturas una cierta participación en esa misma grandeza.

La Revelación divina, al tender hacia la realización del Reino de Dios, tiende también hacia la participación de las criaturas en la vida divina de amor. Es, pues, una tendencia hacia la plenitud vital y bienaventurada de las criaturas. El Amor—motivo de la Revelación—, aunque es amor de Dios a su propia majestad y grandeza, es al mismo tiempo amor a la criatura. En este sentido, Santo Tomás (*Com. S. Juan*, 14, 4) dice: «Es el amor quien realiza la Revelación de los misterios». La Revelación de Dios se deriva del amor y está al servicio del amor. No se trata en la Revelación de un enriquecimiento doctrinal o de un mero enriquecimiento de la razón. Tiende siempre a hacer que la criatura participe de la Vida divina. No violenta nunca la voluntad de las criaturas libres, sino que respeta su libertad: es una llamada que las inclina a que *libremente* se entreguen a Dios, al Amor, al cual tienen *libre* acceso.

8. El Señor tiene diferentes modos de revelarse. (De ahora en adelante trataremos solamente de la Revelación sobrenatural.) Todos los modos de Revelación tienen un carácter común: el histórico. Dios, interviniendo mediante acciones y palabras, se revela en un tiempo determinado de la Historia de los hombres, en un tiempo que podemos datar con exactitud cronológica. Dios para la manifestación de su Palabra y de su obra escogió un pueblo determinado, el judío, como órgano instrumental de la Revelación. La Historia de este pueblo ha tenido necesariamente que ser distinta de la de otros pueblos. El pueblo judío sintió como una verdadera carga esta misión y se rebeló contra ella, probándonos con su resistencia que la Revelación no constituye la esencia de un pueblo, sino que es un don divino que viene de arriba.

Aún sigue la especificación. Dentro del pueblo judío, Dios eligió a hombres determinados, destinados de una forma especial a ser instrumentos de la Revelación; por ejemplo, a Abraham, Moisés y los Profetas.

El carácter histórico de la Revelación divina alcanzó en el plano de la Historia su máximo de intensidad con Cristo. Dios, mediante Cristo, intervino en la Historia humana no sólo obrando y hablando, sino como sujeto que obra y habla.

Es evidente que Dios hubiera podido revelarse de otra manera. Hubiera podido, por ejemplo, iluminar directamente a todos los hombres. Hubiera podido, para ser órganos de la Revelación, escoger a las comunidades naturales instituidas en la Creación: cada una de las familias o cada uno de los pueblos, sin establecer diferencias entre ellos, de suerte que cada uno de los individuos hubiese recibido la Revelación en virtud de su pertenencia a la familia o al pueblo dado. Dios hubiera podido hacer instrumentos directos de la Revelación a los representantes natos de esas comunidades naturales: padre, madre o Rey. En su sabiduría misteriosa, que el hombre no podrá nunca escudriñar, Dios ha escogido otros caminos. Podemos presumir que el motivo de este comportamiento puede haber sido el deseo de establecer por este modo la distinción más clara y posible entre los órdenes natural y sobrenatural. Así el hombre no podría nunca confundir las vidas sobrenatural y natural.

Los hombres elegidos como instrumentos de la Revelación, aun después de su elección para esta misión, conservan su esencia natural, todas las limitaciones y deficiencias que les son propias. De

un modo semejante a como Dios, al adoptar forma ajena encarnándose en Cristo, asumió la debilidad de la naturaleza humana; así también se anexionó en la Revelación anterior a Jesús, las ideas, las formas de pensamiento, los modos de sentir y hasta las maneras de expresión peculiares de los instrumentos que elegía.

Los órganos de la Revelación, esos instrumentos que Dios ha escogido, reconocen que es el Señor mismo quien les habla y quien actúa en ellos. No pueden sustraerse a la misión que Dios les confía, aunque con frecuencia se rebelen contra ella: se ven forzados a ejecutar acciones y a proferir palabras que a ellos nunca se les hubieran ocurrido, por un lado. Y por otro, se sienten irrecusablemente obligados a comunicar a los demás su experiencia de Dios.

Por su mismo carácter histórico, la Revelación se diferencia del mito. El mito es una personificación y deificación de cosas y acontecimientos naturales que se repiten en un continuo movimiento cíclico.

La automanifestación histórica de Dios se verifica o por medio de la *acción* divina o por medio de la *palabra* divina y a veces por medio de las dos.

a) Cuando Dios se revela por medio de *acciones* es El mismo quien está haciendo historia. Hay una clara diferencia entre la historia creada o realizada por Dios y la que hace el hombre mediante sus propias acciones, libres y responsables. La primera es la historia de la salvación. Los acontecimientos que pertenecen a la historia creada por Dios y realizada por El, no están destinados directamente a fundar u ordenar la vida cultural, social o económica, sino que tienden a establecer las relaciones entre el hombre y Dios, a plasmar el Reino de Dios con un imperio de la Verdad y el Amor. Mas a pesar de las diferencias, hay una estrecha independencia entre ambas historias, la de la salvación y la profana. En efecto, la primera se lleva a cabo dentro de la segunda; así, podemos datarla tomando como puntos de arranque acontecimientos propios de la historia profana. Por otra parte, la historia de la salvación tiende a relacionar a los hombres con Dios, y, por consiguiente, a formarlos de tal modo que en sus decisiones de tipo histórico se refleje el orden debido, el orden querido por el mismo Dios. La historia de la salvación abarca, pues, una serie de hechos que no tienen un eco directo e inmediato en la historia profana, pero que constituyen una piedra angular para ella, ya que tratan de librar a los seres que la realizan del pecado.

la soberbia, egoísmo, ambición, afán inmoderado de dominar, etcétera, poniéndolos bajo el señorío de la Verdad y del Amor.

La actividad redentora de Dios no consiste en acciones ciegas: es un actuar por el Espíritu Santo (*Hebr.*, 9, 14). Por ella se revela el espíritu de Dios, su interioridad oculta. Por ella podemos percibir y ver quién es Dios y cómo es; quién es y cómo es el hombre. Dios, por ejemplo, al revelarnos su misericordia, no solamente nos asegura que es misericordioso, sino sobre todo que ejecuta obras de misericordia. Así, las acciones históricas divinas vienen a ser un signo que revela los pensamientos y las intenciones de Dios, de manera que el hombre puede experimentar lo que El piensa o intenta.

b) El segundo modo de automanifestación histórica de Dios es la *palabra*, que habla al espíritu de los instrumentos que ha escogido para la Revelación. Por medio de la palabra ilumina Dios al hombre sobre una verdad de validez universal o, lo que es más común, sobre una situación circunstancial del momento.

Dios, al comunicar una verdad eterna por medio de una visión o por medio de una mera iluminación interna, no trata de ofrecer una enseñanza sistemática y exhaustiva de la realidad en cuestión, sino de aquello que cree debe revelarse en un momento dado. Muchas cosas, tal vez para ser esclarecidas más tarde, permanecerán en la oscuridad. Por regla general, la Revelación no se verifica de una forma abstracta y sin relación alguna con el momento histórico; Dios habla en el «aquí» y en el «ahora» de una situación determinada. Esta situación sí que quedará aclarada y precisa hasta en sus últimas profundidades. El instrumento de la Revelación con esta iluminación, relativa a un momento histórico determinado, se siente capaz para verlo y juzgarlo con los mismos ojos con que lo ve y juzga Dios. Es decir, con la norma última, sobria y objetiva: no adoptará otras medidas que las que vea conformes a la voluntad revelada por el Señor, aunque no estén en consonancia con las conveniencias naturales.

No es la Revelación un mero desvelar cosas ignoradas o no apreciadas debidamente. Con ella Dios actúa en el corazón y en el espíritu del hombre. La Palabra de Dios, no podemos olvidarlo, es un algo operante y activo. De igual modo a como las obras de Dios van henchidas de espíritu, manifestándose en signos, así su palabra es también poderosa y eficiente, capaz de originar historia.

Estas comunicaciones tienden a que el oyente participe algo de

la vida divina. Son llamadas que Dios nos dirige para exigirnos que aceptemos la vida del Amor y de la Verdad, que es la suya. La Revelación, por tanto, es tan obligatoria para el hombre como cualquier precepto divino.

Esta peculiaridad aparece con toda nitidez en aquellas revelaciones a las que Dios da una forma preceptiva. Las automanifestaciones del Señor que se llevan a cabo mediante comunicaciones, poseen un carácter de llamada. Las preceptivas tienen además un módulo revelador de su vida interior.

9. En lo referente a la *realización histórica y concreta* de la Revelación divina, tenemos que observar en primer término que el Señor se ha revelado a los dos primeros hombres; mejor dicho, a la Humanidad original que existió en Adán y Eva. Los hombres no pudieron fácilmente olvidar esta Revelación original, igual que a nosotros nos es muy difícil olvidar aquellas impresiones que recibimos en nuestra juventud o niñez. Lo encontramos en muchas ideas y prácticas religiosas, frecuentemente desfiguradas y corrompidas, pero que son un reflejo de aquella Revelación. En todas las religiones de la Tierra se entrecruzan estos elementos del misterio que Dios reveló a los primeros hombres.

La Humanidad se apartó cada día más de Dios. Llegó un momento en que el Señor juzgó oportuno restablecer su Reinado, para de este modo conducir a la Patria, su misma Vida divina, a la humanidad descarriada. Empresa divina que se realizará de una manera gradual. La vocación de Abraham juega en ella un papel decisivo; vivía en Urr, ciudad caldea, saturada de prácticas y ejercicios religiosos. Simultáneamente en la India florecía la religiosidad de los Vedas, tan rica en conocimientos y prescripciones religiosas. Manda Dios a Abraham que salga de su Patria y que se busque una nueva. Nada se le dice de la situación de esta nueva Patria; ha de ponerse en camino con la sola confianza en que Dios le dirigirá en la búsqueda. Una promesa: su obediencia será abundantemente recompensada. Llegará, se le profetiza, a ser padre de un pueblo nuevo y grande, su propio nombre alcanzará celebridad, gracias a él la tierra se verá colmada de bendiciones. Obsérvese que no todo termina con meras palabras de exigencia y promesas; antes al contrario, inmediatamente empieza la historia que Dios quiere realizar en Abraham. Sometido al mandato del Señor y abandonados los sitios que amaba, comienza a caminar con los ojos puestos exclusivamente en el futuro. La palabra de Dios es-

tablece entre El y Abraham una alianza, no solamente personal, sino también con el pueblo que había de fundarse. Más aún: con el resto de la humanidad entera. Desde el punto de vista de la historia de la salvación, Abraham es el padre de todos nosotros.

Medio milenio más tarde, Dios dirige palabras de promisión y mandato a un hombre perteneciente al pueblo fundado por Abraham: Moisés. A él también se le comunica una misión histórica: sacar al pueblo israelita de Egipto. Moisés se encontraba entonces guardando las ovejas de su suegro Jetro en el monte Horeb. La alianza establecida entre Dios y Abraham cobra eficacia en un nuevo aspecto.

La base de la alianza entre Dios y el pueblo entero fué constituida al hacerse con Moisés. Tuvo lugar en el monte Sinaí, y con ella adquiere forma y configuración el pueblo elegido, quedando desde entonces asentados los cimientos de su Historia. Dios crea y entrega tal historia al pueblo; no emana de su propia esencia natural. El Señor había decidido formar un pueblo santo, divino y que le perteneciera enteramente. Un pueblo que se encargara de representar y anunciar en la Historia promesas divinas destinadas a toda la humanidad. Sólo a costa de grandes dificultades podrá este pueblo cumplir la misión histórico-universal que se le confiara. La tentación de configurarse políticamente de la misma manera que los otros pueblos, será una de sus constantes históricas.

Un pueblo que con frecuencia es infiel a su misión, que con frecuencia se deja seducir por las naciones vecinas, tiene necesidad de que Dios le recuerde sus obligaciones. Lo hará por mediación de los Profetas. San Juan Bautista fué el último de ellos.

Cumplidos los tiempos, Dios envió a su Hijo. Había hablado en el pasado de múltiples formas por los Profetas; ahora nos dirige su palabra por medio de su mismo Hijo (*Hebr.*, 1, 1 y sigs.)

Todo el Antiguo Testamento y su Revelación tiene por finalidad aludir y preparar la venida de Cristo. Cristo es el cumplimiento de cuanto se nos prometió en la Antigua Alianza.

Para comprender más profundamente la Revelación de Dios en Cristo, es necesario tener en cuenta lo siguiente: Dios eternamente manifiesta toda la riqueza del Ser y de la Vida en una Palabra personal, en un Logos, en su Hijo (v. la parte sobre la Trinidad). Esta «su» Palabra, transcurrido el tiempo previsto, fué enviada al mundo para la salvación de los hombres. La plasmó, por decirlo así, en una naturaleza humana, de suerte que ésta sólo tiene sub-

sistencia de persona en la Palabra personal y divina. Cristo, tanto en su aparición histórica como en sus enseñanzas, tanto en sus obras como en su crucifixión y muerte—especialmente en ella por lo que representa de humillación—, verificó el cumplimiento y la consumación de todas las revelaciones, aunque lo llevara a término de una manera oculta y velada en conformidad con misteriosas leyes de Dios. Las palabras que nos dijo eran la interpretación divina y redentora de su propio misterio (por lo tanto, misterio de Cristo), que es el misterio del Reino de Dios, el misterio de nuestra Redención (*Eph.* 3, 4 y sigs.). En sus palabras, conforme a la medida adecuada a los días de nuestra peregrinación, oímos la Palabra de Dios según lo que ha determinado la voluntad divina. El yo de Cristo es el Yo de Dios. Obra y habla Dios en cuanto El—Cristo—obra y habla. Podemos, pues, respecto a sus acciones y palabras, decir: «así obra, así habla Dios». Las palabras de Cristo traducen a un lenguaje humano la íntima y divina conversación del Padre con el Hijo. En Cristo nos es permitido oír las palabras que Dios dirige al Hijo y a los hombres por medio de Este (*Io.* 5, 30 y 6, 45).

La Revelación del Antiguo Testamento, como camino que conduce hasta Cristo, podemos llamarla Revelación de la palabra. Los Profetas inician sus declaraciones con la fórmula «Dios ha dicho». Exígesse siempre de los que oyen la Revelación, que la escuchen, que la oigan.

En dos cosas se diferencia la Revelación oral de Cristo de las del Antiguo Testamento: en el poderío interno, y en que la palabra de Dios es vista y oída. La palabra personal de Dios se ha encarnado en la naturaleza humana, ha aparecido corporalmente. Aunque la visión totalmente desvelada de la Suprema Majestad de Dios tendrá lugar, como se nos ha dicho, el día del Juicio Final; no obstante, el creyente puede ya percibir su resplandor oculto en el semblante de Cristo (*II Cor.* 4, 6). San Juan nos asegura haber contemplado la Gloria del Unigénito del Padre (*Io.* 1, 14), lo que vió con sus ojos, contempló y oyó, eso es lo que anuncia (*I Io.* 1, 1-3). Lo que vemos en Cristo es algo extraordinario que los ángeles desearían contemplar (*I Pet.* 1, 12). Los discípulos que lo han visto, se dice, son bienaventurados (*Mt.* 13, 16 y sigs.). El motivo por el que en Cristo se ve la magnificencia de Dios, radica en que Cristo es la imagen visible del Dios invisible (*Col.* 1, 15) y la estampa de su ser (*Hebr.* 1, 3). El que le ve, ve al Padre mismo (*Io.* 12, 45; 14.

9 y sigs.). San Clemente de Roma escribe a los fieles de Corinto: «Por medio de El (Cristo) vemos como en un espejo el semblante majestuoso e inmaculado del Padre» (cap. 36, 2; BKV, 49).

En el seno de la Iglesia Oriental se ha conservado más viva e insinuante la idea de que en Cristo no sólo podemos oír, sino ver, *verbum visibile*, la Palabra de Dios. San Juan Damasceno, en su segundo sermón, escribe: «anhelamos ver tanto, cuanto podemos ver». En idéntica línea se mueve la Teología de los iconos de la Iglesia Oriental. V. L. Koch, en *Seliges Schauen*, de la «Christliche Orient», 4, 1939, 16-22; Frowin Ostländer, *Sanctorum Communio Ihr Wesen, ihre Aufgabe und Bedeutung in der altchristliche Kunst*, en «Liturgische Leben», 5, 1938, 191-208.

10. Cristo sigue hablándonos a través de los siglos de un modo distinto al de otros personajes de la Antigüedad. Con su existencia transfigurada, después de su Ascensión, sigue estando presente en su Iglesia de manera realmente maravillosa: sin restricción de leyes del espacio y tiempo; creada en su forma de existencia corpórea por el Espíritu Santo. Confió su Revelación a la Iglesia para que ella siga comunicándola a todos hasta la consumación de los tiempos. En la Antigua Alianza es el pueblo judío elegido como instrumento de la Revelación por Dios, y en la Nueva, con el nuevo orden establecido, es la Iglesia el órgano de esa Revelación divina, cumplida en Cristo. La Iglesia es, pues, el nuevo Pueblo de Dios, la comunidad de todos los bautizados, fundada por Cristo y formada a su vez por todos los pueblos y naciones. La Iglesia se halla tanto más capacitada para cumplir esta misión cuanto que la unen con Cristo lazos parecidos a los que unen el cuerpo con la cabeza. San Pablo dice expresamente que la Iglesia es el cuerpo de Cristo. Como el alma gobierna al cuerpo, la Iglesia está regida por el Espíritu Santo, que compenetró y transfiguró la naturaleza humana de Cristo, insuflado por el Señor a Ella. Sirve de mano a Cristo para ejecutar los signos de la Revelación determinados por el Padre; puede servirle también de boca por medio de la cual, sin intermisión, en el Espíritu Santo anuncie a los hombres el Mensaje del Padre. Así, la Revelación consumada en un momento dado puede seguir subsistiendo perennemente y todos podemos oírla y verla. A su vez, los Sacramentos—palabras visibles de la Salvación—y la Doctrina Eclesiástica—signos audibles de la Salvación—son los instrumentos por los que Cristo actualiza en todos los tiem-

pos su Revelación temporal. En la Iglesia encontramos a Cristo, Revelación viva de Dios. Revelación que se consumará en el día de la segunda venida de Cristo, al fin de todos los tiempos.

11. Con la fe el hombre se hace partícipe de la Revelación de Dios. Es una respuesta por la que asentimos a la palabra que Dios nos dirige en Cristo. Por la fe aceptamos y recibimos la vida divina que se nos revela en las automanifestaciones de Dios. El asentir presupone ya y crea una simultaneidad de vida común con Dios. Nadie que no esté unido a Dios puede contestar asintiendo; el que no vive unido a Dios, no puede comprender debidamente ni aceptar la Palabra divina; el incrédulo puede comprender hasta cierto punto la Revelación, pero será incapaz de afirmar la realidad que se manifiesta en la Revelación. Del incrédulo, con respecto a la Revelación, puede decirse algo similar a lo que podemos decir del que en la vida social odia o es indiferente a alguien: nunca podrá percibir el misterio, lo recóndito, de una existencia en la mirada de un hombre. La comprensión que un incrédulo puede alcanzar de la Revelación, será siempre inadecuada e imperfecta. Para afirmar el carácter realista de lo revelado, es necesario disponer de una potencia visual peculiar.

Santo Tomás de Aquino fundamenta así esta cuestión (S. T. I, q. 12, a. 4): entre la Potencia cognoscitiva y el objeto conocible tiene que mediar una coordinación íntima. Los sentidos pueden conocer sólo lo sensible, nunca lo suprasensible o espiritual. El entendimiento humano puede conocer lo suprasensible, lo metafísico, la comprensión espiritual de las cosas. Las realidades sobrenaturales de la Revelación trascienden toda suerte de conocimiento natural. Frente a esas realidades nuestra capacidad natural se comportará como el ciego ante un cuadro o como el ignorante de la música ante una sinfonía. Es evidente que un conocimiento directo de esas verdades sólo lo tendrá Dios, quien comprende y afirma su propia Gloria en los procesos de su autocomprensión. Solamente si Dios permite que el hombre tome parte en su conocimiento divino, es cuando estará capacitado para ver adecuadamente la realidad manifestada en la Revelación. Participar en el conocimiento que Dios tiene de Sí mismo, significa para el hombre adquirir una nueva potencia visual, unos ojos nuevos, una nueva luz en su entendimiento. Dios introduce esta nueva potencia en el órgano natural del conocimiento. Este queda *elevado*, capacitado, para ver más allá de lo que correspondería a sus meras fuerzas naturales;

para comprender realidades que trascenderían las posibilidades de su poder. Esta nueva potencia visual es la gracia, la capacidad de creer, la luz encendida por Dios en el espíritu del hombre.

El por qué los judíos no creen en Cristo, nos lo expresa El mismo en sus frecuentes polémicas con ellos: no tienen nada en común con Dios, y su padre es el diablo. Por eso no pueden percibir lo que de divino hay en Cristo (*Io. 8*). Han rechazado la potencia visual que Dios les ofrece: no podrán ya ver la Revelación de Dios en Cristo.

Por su carácter histórico la Revelación se acomoda a las condiciones del hombre, ser viviente en la corporeidad y en lo histórico, introduciéndose en su vida cotidiana. A pesar de su acomodación histórica, la Revelación puede ser piedra de escándalo para el hombre. Se exige de éste que escuche en otro hombre la voz de Dios, que le oiga pasando por alto sus limitaciones y debilidades, que se someta incondicionalmente a los mandatos y llamadas que Dios le dirige precisamente por medio de otros hombres iguales a él. El mensaje divino puede ir confirmado por signos exteriores y por su propia esencia interna. Mas el hombre, siempre consciente de sí mismo y siempre inclinado a enorgullecerse y obrar según su libre albedrío, recalitra y le cuesta someterse a sus semejantes, uno o varios, y cuyas idiosincrasias pueden repugnarle, recibir de sus labios la solución a los problemas últimos y decisivos de la existencia. La máxima actualización del escándalo es la Cruz de Cristo. Sólo el que cese de tomarse a sí como norma del pensamiento y del valorizar, será el que esté capacitado para comprender la Cruz como Revelación de Dios. Si falta esta conversión, la Cruz es locura. Sólo el que se convierte ve en la Cruz la manifestación sublime de la Sabiduría oculta de Dios.

Sólo a quien le han sido iluminados los ojos del corazón está capacitado para reconocer cuáles son las esperanzas a las que fué llamado y cuánta es la riqueza de la herencia de los santos (*Eph. 1, 18*). San Agustín dice que la fe tiene sus propios ojos y que por ellos ve, en cierto modo, lo que no ve (*Carta 120 a Cosencio, capítulo 2, núm. 8*). Bajo la luz de la fe alcanza el hombre el significado de realidades que permanecen ocultas bajo un velo (*Hebr. 13, 1*).

12. La participación en el conocimiento que Dios tiene de Sí mismo, concedida al hombre durante los días de su peregrinación, tiende a convertirse en aquella visión que de Dios tiene el místico

en su vía unitiva, sin velos ni ocultamientos, en un estado de intercambio vital. La Teología se encuentra en ese estadio intermedio entre la mera fe y la visión directa.

II. *La Teología considerada como comprensión intelectual de la Revelación mantenida en la Fe.*

La Teología aparece cuando al creyente no le basta con la pura y simple aceptación de la realidad que se le manifiesta en la Revelación, sino que se esfuerza por comprender más adecuadamente esa realidad y descubrir la conexión reinante entre las verdades reveladas. La fe sencilla va también acompañada de comprensión racional; pero la Teología se distinguirá de ella por un mayor grado de penetración racional y hasta por el mismo orden sistemático a seguir. La expresión «Teología» puede entenderse en sentido propio o en sentido impropio. El primero de ellos—el propio—puede a su vez subdividirse en lato y estricto.

1. *Sentido propio*, en su doble acepción:

a) La Teología en sentido propio, pero latamente entendida, puede significar el conocimiento racional precientífico, independientemente de toda clase de ciencia, operado en el creyente por el Espíritu Santo. Poco frecuente en el pensamiento teológico moderno y muy empleado en la Antigua Iglesia. Entendida de esta forma, la Teología es un auténtico *carisma*. El Espíritu Santo, en esta acepción de la Teología, manifiesta su fuerza de conocimiento espiritual para la comprensión por parte del fiel de los misterios divinos revelados en Cristo. El carisma teológico es un signo del Reinado de Dios, que es un imperio de la Verdad.

La Teología carismática es una Teología de acción de gracias. El que se siente arrebatado por el Espíritu Santo, se nota impulsado a alabar y ensalzar a Dios.

El Espíritu Santo desempeña en esta Teología carismática las funciones que Cristo le atribuye entre la primera fiesta de Pentecostés y la Segunda Venida del Señor al fin de los tiempos (Io. 16, 17): edificación, consuelo y fortalecimiento de los fieles.

b) Los esfuerzos mediante los que el creyente se entrega amorosamente a los misterios divinos; esas *experiencias espirituales*, obtenidas gracias a una iluminación interior, que le llevan a comprender más adecuadamente lo revelado, constituirían otra forma de Teología entendida en su sentido lato.

c) Finalmente, nos toca ver en qué consiste la Teología científica en sentido propio y estricto. Es un *estudio metódico* de la razón creyente, mediante el cual nos ocupamos del misterio de Dios revelado en Cristo y afirmado en la Fe; *una constatación de su realidad* declarando su sentido íntimo y exponiendo de un modo sistemático su estructura.

2. En un *sentido impropio*, se puede hablar también de Teología cuando, en una conexión ordenada, existan manifestaciones acerca de Dios que la Revelación divina ha hecho patentes en la obra de la Creación. Desde el siglo xv se ha designado con el nombre de *Teología natural* a este estudio.

La Teología en sentido propio y en cada una de sus tres formas, que hemos reseñado, depende del Verbo revelado en Cristo, teniendo por tanto un claro matiz sobrenatural.

3. De la Teología científica se puede decir que es una fe ansiosa de conocer, una *fides quaerens intellectum*. Sólo podrá ser teólogo, en sentido estricto, el que *oye y recibe* con fe viva el misterio de Dios y se *somete* a él con la *obediencia propia del creyente*. El incrédulo, lo mismo que el investigador de las ciencias de las Religiones respecto a las doctrinas de Buda, aunque las considere como falsas, puede percibir las palabras de la Revelación y hasta cierto punto, exponerlas. Advirtiéndose que la relación entre el investigador y el objeto de su investigación está situada en un plano natural, mientras que la relación entre incrédulo y Revelación trasciende este plano. Tales son la Teología racionalista y la liberal del método histórico-crítico. Los teólogos que la siguen son incapaces de considerar al Cristianismo como afirmación relativa a la realidad divina, como algo esencialmente distinto del mito o la leyenda puramente humanos. No están en relación directa con la realidad que estudian. Han olvidado que la Revelación es una llamada amorosa de Dios y, consiguientemente, sólo puede comprenderla el que la oye con actitud amorosa; es decir, el que la afirma y se entrega a ella. El Amor manifiesta sus misterios solamente al amante. El obcecado, el indiferente, ante la Revelación se halla en idénticas circunstancias a como el que no entiende nada de música ante una melodía. Una Teología incrédula es un ejemplo contundente más de eso que se ha llamado categoría del «hierro de madera» (K. Eschweiler, *Die zwei Wege der neuen Theologie*, 1926, pág. 200).

4. Al exponer sus explicaciones, la Teología elaborará y utilizará experiencias obtenidas dentro del mundo. Por ejemplo: para explicar la frase «Dios es el amor», analizará y tendrá en cuenta el significado natural que tiene la palabra «amor». Dios mismo se sirve de imágenes y parábolas extraídas de la vida cotidiana para declararnos lo que quiere decir cuando se revela. La última razón de este método la encontraríamos en la Creación; de ella obtenemos nuestras experiencias naturales y sabemos que Creación y Revelación tienen a Dios como origen. El mundo creado, es cierto, ha quedado desfigurado a consecuencias del pecado humano; pero no tanto que no nos exprese la Gloria de Dios de alguna forma. El hecho, pues, de que Dios se sirva de realidades y acontecimientos de este mundo, convirtiéndolos en símbolos e imágenes de sus manifestaciones en lo terreno, nos garantiza que no nos equivocamos al ver en el mundo visible y experimentable analogías con la realidad manifestada en la Revelación sobrenatural. No obstante, la Revelación está de tal manera estructurada, que nos recuerda de continuo que el mundo de nuestra experiencia, comparado con la realidad de que nos habla la Revelación, es más desemejante que semejante a ella. Hay analogías sólo, aunque esas analogías sean efectivamente reales.

Hemos de servirnos con cautela de las experiencias de la vida cotidiana al querer explicar con ellas la Revelación. El que proceda así, puede obtener de esas experiencias valiosos puntos de partida para interpretar justamente la Revelación.

5. El sistema por cuya elaboración se esfuerza la Teología científica no es una invención arbitraria, ya que ha sido insinuado por la Revelación misma. Aunque la Revelación no se presenta bajo la forma de un sistema científico, los datos particulares de ella constituyen una totalidad viva y forman un orden misterioso de interdependencia mutua. Misión de la Teología es demostrar la existencia de esa totalidad; señalar el lugar que ocupan en esa totalidad cada uno de los hechos y verdades de la Revelación, y explicar la importancia que lo particular tiene dentro de la totalidad. El Concilio Vaticano define así esta misión: «Cuando la razón iluminada por la Fe investiga con constancia, piedad y sobriedad, obtiene cierta comprensión de los misterios, en sumo grado fructífera, ya al considerar sus analogías respecto a lo conocido naturalmente, ya al investigar sus mutuas dependencias con respecto al fin último del hombre» (Sección 3.^a, cap. 4, D. 1796, N. R. 43).

Si la Teología se esfuerza por descubrir el orden interno de los misterios, la visión unitiva de la totalidad aparecerá en cada una de sus explicaciones particulares. Así, por ejemplo, en la exposición del Bautismo se traslucirán los otros misterios, y en concreto el misterio del Reinado de Dios. En la sistematización de una verdad particular de la Revelación se reconocerán sus relaciones con las demás. Al exponerse el sacramento de la Penitencia se tendrá que descubrir y explicar lo que dentro de este sacramento tiene relación con el bautismo o con el Juicio Final.

El fin de la Revelación es nuestra salvación y no hay revelación alguna particular que no haga referencia a esta meta última. La Teología científica tiene que tener presente siempre este punto de vista e intentar resaltarlo. Resultaría esencialmente imperfecto cualquier estudio científico de la Revelación que descuidase el mostrar que cada una de las verdades reveladas y el conjunto de ellas tiende al perfeccionamiento supremo del hombre. Es muy cierto que la Teología se esfuerza por conocer a Dios en su totalidad, en alcanzar un conocimiento lo más adecuado posible de la Verdad-Persona que es Dios mismo y que todas estas realidades merecen que nos lancemos a conocerlas. Pero ese Dios buscado por la Teología es un ser que mediante la Revelación desea implantar en la Creación su poderío de santidad y justicia, de verdad y amor, a fin de que el hombre pueda obtener de esa manera su salvación. Por eso la Teología que trata de conocer a Dios en toda su realidad no puede prescindir de patentizar las relaciones existentes entre el poder divino y el perfeccionamiento de la vida humana. Esta misión quedaría incumplida si se limitase a introducir una sección o capítulo en el que se estudiase la salvación del hombre como un tratado más. En cada caso tiene que explicar las relaciones que median entre la Revelación y el Reinado de Dios inherente a ella y la salvación del hombre.

6. La Razón, iluminada por la Fe, es el órgano mediante el cual la Teología—no carismática—adquiere sus conocimientos. La razón equipada con esa nueva capacidad visual, la gracia sobrenatural, que tratará de constatar, defender, contemplar y comprender sintéticamente la Revelación. Luz natural de la razón y luz sobrenatural de la gracia se aunan en la Teología científica para constituir un todo orgánico. Así, pues, la capacidad cognoscitiva de la Teología no es ni la sola razón, ni la sola fe: son las dos simultáneamente constituyendo un conjunto vivo. El éxito de los esfuerzos

teológicos será tanto mayor cuanto con más claridad brillen estas dos luces, cuanto más viva sea la fe y cuanto más agudo y penetrante el entendimiento.

En la época de los Santos Padres (San Agustín) y en la primera Escolástica (San Anselmo de Canterbury, Hugo y Ricardo de San Víctor) se hacía resaltar que el pecado original había quebrantado la fuerza del entendimiento. Los efectos más fatales del debilitamiento de la razón en los hijos de Adán se muestran de un modo más neto en lo tocante al conocimiento de Dios. El pensamiento «puro» del hombre caído, en este punto, solamente puede seguir la ley lógica y exacta del pensar cuando recibe el aliento de la gracia purificante. Santo Tomás deduce, como vimos, un profundo razonamiento para demostrar la necesidad de la Fe, destacando en ésta más su capacidad para elevar al hombre a conocimientos superiores que su carácter meramente curativo. La Fe comunica al hombre una visión nueva y necesaria para percibir los misterios divinos; fundamenta la coordinación interna entre nuestro pensamiento y la Revelación sobrenatural.

Los conocimientos teológicos adquiridos por el especialista merced a su esfuerzo especulativo, son—atendido su aspecto formal—puramente naturales, aunque gracias a la Fe posean una fundamentación sobrenatural (*habitus fundamentaliter supernaturalis, formaliter naturalis*). No obstante, cuando un teólogo ha obtenido sus conocimientos mediante la especial intervención gratuita del Espíritu Santo—*donum intellectus, donum sapientiae*—hemos de reconocer que se encuentra en un estado esencialmente sobrenatural.

7. Por mucho que penetre la razón en las profundidades de la Revelación, por grandes que sean los adelantos realizados en la comprensión del misterio de Dios, este misterio queda como tras un velo mientras duran los días de nuestra peregrinación. En verdades racionalmente evidentes no hay Teología, por más penetrante que sea, capaz de convertir las verdades de la Revelación; éstas seguirán siendo verdades reveladas en el tiempo de la historia terrena. La fe es el órgano por el cual nos las apropiamos y sólo por ella el teólogo ocupado en su estudio se adhiere a esas verdades. El Concilio Vaticano afirma: «Sin embargo, ésta (la razón iluminada por la Fe) no llegará jamás a comprender con el mismo grado de claridad con el que comprende sus propios objetos, las verdades de Fe. Los misterios divinos trascienden de tal forma las posibilidades del entendimiento creado que, a pesar de haber sido

manifestados en la Revelación y aceptados en la fe, quedan como cubiertos por un velo, como rodeados de una especie de oscuridad. Mientras peregrinamos en esta vida mortal lejos del Señor, caminamos por las vías de la fe y no por las de la visión» (II Cor. 5, 6 y sigs.) (Sesión 3, cap. 4; D. 1796; N. R. 43.)

8. A la Teología no le está permitido criticar, de cualquier modo que sea, la Palabra de Dios. Podrá y hasta en ciertos casos deberá criticar las interpretaciones humanas acerca de la Palabra de Dios y el modo de anunciarla. El celo por la verdad pura de la Revelación y su conservación es lo que debe animar a toda crítica. Celo por el Reino de Dios, reino de Verdad y Amor.

9. Dos razones por las que la Teología es una *ciencia eclesiástica*:

a) La Iglesia entrega al teólogo el objeto de sus investigaciones: la Revelación. La conciencia de la fe existente en la Iglesia universal es la que se lo ofrece. Fácil es comprender el papel decisivo que en esto juega el Magisterio eclesiástico. En las enseñanzas ordinarias o extraordinarias del Magisterio encuentra el teólogo el contenido de la Revelación divina. Se impone, pues, que el teólogo trace un corte transversal en la fe y el Magisterio eclesiástico del tiempo en que vive, junto con un nuevo corte longitudinal que partiendo de los tiempos presentes llegue a lo largo de los siglos hasta los comienzos del Cristianismo. Sólo procediendo así descubrirá el sentido recto de las enseñanzas actuales. Sólo así reconocerá la plenitud de lo que la Iglesia enseña y el lugar que lo particular ocupa en el seno de lo universal.

b) El teólogo sólo puede practicar la Teología en tanto que es cristiano creyente, como miembro que es de la Iglesia. La Teología no es un asunto privado del teólogo, sino la manifestación viva de la comunidad eclesiástica. En la Teología carismática esto aparece con toda claridad por el carácter de acción directa que en ella juega el Espíritu Santo, corazón y alma de la Iglesia. Cuenta esta Teología entre los dones que según San Pablo (I. Cor. 12) sirven para la formación del cuerpo de Cristo. Todos los carismas enumerados por el Apóstol han sido otorgados a los particulares con el fin de que los pongan a servicio de la Comunidad. Ahora bien, la Teología científica, en cierto sentido, es también una manifestación vital del Espíritu Santo que actúa en la Iglesia con la diferencia de que en ella el Espíritu Santo se acomoda a las le-

yes de la razón y se sirve de ella como de un instrumento. He aquí por qué la Teología católica es una manifestación, una de las formas de manifestación, de la Vida de la Iglesia. El Espíritu Santo, alma y vida de la Iglesia, actúa a través del espíritu particular de un creyente en la comunidad. La Teología científica, manifestación vital de la Iglesia, está al servicio de la Iglesia entera. Por medio de esta Teología adquiere la Iglesia un conocimiento más profundo y completo de las cosas creídas por ella. Cuanto mayor sea la fidelidad de un teólogo en la exposición de lo revelado, tanto mayor será la luminosidad con que la comunidad eclesial verá reflejada en su obra la conciencia de la fe en que ella misma cree. Por otra parte, el teólogo puede contribuir a esclarecer y purificar la conciencia creyente de los fieles.

c) Toca que resaltemos, como consecuencia de lo dicho, la *enorme responsabilidad* del teólogo frente a la Iglesia. Sólo con la condición de estar incorporado a la totalidad, de vivir *en y con* la Iglesia, podrá el teólogo llevar debidamente a cabo la misión que le ha sido confiada. Por eso tiene que estar dispuesto a someterse siempre al Magisterio, respecto a las interpretaciones de la Revelación. A su vez, el Magisterio, por medio del cual habla la comunidad del Cuerpo de Cristo, al reconocer la validez de la Teología científica, garantiza la verdad de sus afirmaciones. Cabría decir: la Teología, reconocida como válida por la Iglesia, es el estudio y exposición de la conciencia de la Fe y de la Revelación de la Iglesia, inspirada y mantenida viva por Cristo en el Espíritu Santo.